

Potrero de Comatlan (dos ranchos) con
25 habitantes.
Angostura con 30 habitantes.
Tepezapote " 100 "
Arroyo colorado con 7 "
Montenegro con 70 "
La Calera " 50 "
La estancia de Villanueva con 125 habi-
tantes.
El Guallavo con 15 habitantes.
Las Cuevas ó Tunal con 25 habitantes.
Uzeta con 200 habitantes.
Total de habitantes en la municipalidad de
Ahuacatlan 4,762.

CAPITULO VIII.

El Ceboruco.

I.

A las 9 de la mañana del día 19 de Marzo próximo pasado, llegamos al pueblo de Ahuacatlan. Despues de comer en este punto, continuamos nuestro camino hácia el rancho de Uzeta, á donde llegamos al terminar la tarde. Allí pernoctamos, y el día siguiente á las siete de la mañana emprendimos nuestra marcha al Ceboruco. Dejando á Uzeta á nuestra espalda

y dirigiéndonos al Nor-Este, caminamos por el lecho de un arroyo seco y al través de un campo sembrado de mimosas (*unguis cacti y foetide*), de añil cimarron, de leguminosas con flores color de rosa, y de uno que otro individuo de la familia de los *ficus*.

Un cuarto de legua distante de Uzeta, á nuestra derecha, empezaba una cadena de montañas poco elevadas que se perdian á lo lejos en la cumbre del Ceboruco. A la izquierda se eleva otra cadena montañosa cuya extremidad se prolongaba más en la anterior, y que así como la primera, terminaba en la cúspide del cerro.

A proporción que avanzábamos, distinguíamos con más claridad la forma de las montañas de que he hablado: enormes rocas negruzcas desprendidas de la altura, obstruian el cauce de un arroyo, haciendo que su corriente, desviándose de su antiguo trayecto, formara el arroyuelo de que he hecho mencion. Esas rocas ofrecian un aspecto imponente; sus grandes masas, desgajadas completamente, revelan de una manera muy clara la poderosa fuerza que sacándolas de sus alveolos, las hiciera rodar por el suelo.

Despues de haber recorrido una legua, de pronto nos encontramos en un campo solitario, cuya desolacion imprimia en nuestro ánimo una

melancolía profunda. Tristísimo era, en efecto, el terreno que pisábamos: estaba formado por pequeños montecillos, simulando cuchillas más ó menos largas, limitados por grietas profundas y cubiertas con una capa de polvo ceniciento, que semejaba muy al vivo blancos sudarios. La vegetación estaba muerta; pinos gigantesos aumentaban en aquellos lugares; pero desprovistos de la sabia fecundante, inclanaban hacia la tierra sus ramas desnudas; testigos mudos y elocuentes del terrible cataclismo que dió nacimiento al volcan, solo quedaban en pie como por un milagro, para indicarnos los extragos que causa el Ceboruco en su furor: millares de árboles de la misma especie yacian derribados. De vez en cuando veíamos plantas pertenecientes á la familia de las *aristolochias*, la *Lopezia*, de las *anagrarias*, y *agaves*; pero en tan pequeño número, que lejos de hermohear el campo con su presencia, le daban un aspecto más lúgubre haciendo resaltar su infecundidad. La *lobelia xalisciensis* ostentaba sus corolas rojas en el fondo de una vertiente que, desprendida de una montaña, contenía una poca de agua estancada y fétida. Parece que esa planta nace en todas partes, pues la he visto en los terrenos fértiles y en

los eriazos, en los húmedos y en los secos. Hay que advertir, sin embargo, que en el Ceboruco y en el punto donde aparecen quemados los pinos, escasea mucho la *lobelia*, siendo muy contados los ejemplares que de ella se encuentran. Las aves habian abandonado sitios ingratos que les negaban el sustento, los reptiles é insectos huyeron despavoridos del calor urente. Aquella atmósfera mortífera aleja de sí á todo sér viviente, y solo el hombre, que orgulloso desafía los peligros, es el único capaz de penetrar en tan espantosa soledad y de exponerse á los terribles efectos de la cólera del volcan.

Proseguimos nuestro camino hasta donde lo permitieron las cabalgaduras, llegando al pie de la montaña; en cuyo vértice existe el cráter. En este punto, conocido con el nombre de la «Majada de los indios,» establecimos nuestro campamento, á una distancia de 2 kilómetros del volcan. Nuestra llegada á ese punto se verificó á las doce del dia; volvimos los caballos á Uze-ta, y despues de haber descansado un rato, comimos frugalmente.

II.

A las dos de la tarde de ese mismo dia (20 de Marzo) emprendimos nuestra ascension al volcan. La pendiente que teníamos que subir

era muy elevada y casi vertical. Pisábamos una tierra suelta que se desmoronaba fácilmente, lo que dificultaba en gran manera nuestra marcha. El sol arrojaba sobre nosotros sus más ardientes rayos; ni una sombra había que refrescara nuestras frentes; y para colmo de males, la provision de agua se habia agotado, pues no pensando hacer la ascension sino hasta otro dia, no contábamos con la suficiente para nuestras necesidades. Por lo que he dicho, se puede comprender que nuestra caminata fué en extremo fatigosa. Con la respiracion anhelante, con el rostro encendido y empapado de sudor, logramos al cabo de dos horas y despues de mucho trabajo, llegar al vértice de la montaña. ¡Qué bello espectáculo se presentó á nuestra vista! A distancia de 400 méetros estaba el cráter del volcan. Enormes columnas de humo salian de ese cráter cada diez minutos, formando hermosas nubes, unas veces blanquísimas, otras negras y algunas mezcladas de blanco y negro. En ocasiones el *cúmulus* permanecia por algunos minutos, cirniéndose magestuosamente sobre el aire y tomando la forma de árbol descrita por Plinio el jóven; y cuando el viento soplaba con fuerza, despues de haberse elevado un poco la columna, se desvanecia en la atmósfera en ligeros *stratus*.

Las figuras caprichosas que las ráfagas de viento hacian tomar á la nube, variaban sin cesar. Ya era un penacho de flotantes plumas, ya un almenado castillo, ya una torre de góticas agujas; ora una ave gigantesca batia sus alas sobre la montaña, ora un monstruo horrible era arrojado por el antro. Todo lo que la imaginacion más exaltada pudiera desear, se encontraba allí, desde lo más bello hasta lo más repugnante. Podian realizarse con facilidad los delirios de una loca fantasía. Sentados en la cumbre de la montaña permanecimos una hora contemplando el volcan, y á no ser porque la noche se aproximaba, hubiéramos permanecido por más tiempo en aquel lugar encantado. Al declinar la tarde descendimos al campamento, despues de haber grabado nuestros nombres en el tronco de un elevado pino, único vegetal que allí existia. Quisimos perpetuar nuestra memoria dejando en aquel árbol seco un monumento que recordara nuestra audacia. ¡Vanidad y nada más que vanidad! ¡Pronto la accion destructora del volcan hará desaparecer el pino y nuestros nombres, sepultándolos en el olvido más profundo!

En efecto, una grieta se abre ya en el suelo

que pisábamos, y es de temer que en una conmoción se derrumbe.

También pusimos con las piedras que pudimos recojer, un montecito que servia de pedestal á una cruz formada con ramas del pino. ¡El signo de la redención enarbolado en los parajes donde reina la muerte, como el áncora más firme de salvación, como la egida poderosa con que cuenta el mortal que se atreve á poner su débil planta en las regiones desoladas por el fuego!

El descenso fué también penoso. No obstante que nos apoyábamos en ramas de árbol que nos servían de bastones, nos resbalamos con frecuencia y nos dimos más de una caída.

Ya era noche cuando llegamos al campamento, en donde nos esperaba una nueva decepción.

Como he dicho ya, nos faltaba el agua, la sed nos devoraba, y deseábamos refrescar nuestras secas fauces. Nos alentaba la esperanza de que al llegar al campamento encontraríamos el líquido precioso que mitigara nuestra sed, pero no fué así; los mozos no habían vuelto de Uzeta, y tuvimos que contentarnos con el agua infecta y cargada de sulfato de fierro que había en un charco.

Las personas que subieron hasta la cúspide

del volcán, fueron las siguientes: los Sres. D. Miguel Iglesias, D. Juan Ignacio Matute, D. Mariano Bárcena (ingenieros nombrados en comisión por los Gobiernos general y del Estado); los vecinos de Ahuacatlan D. Flaminio Ulloa, presidente del Ayuntamiento, D. Flavio Partida, administrador de correos, D. Mateo Serrano, D. Fernando Henriquez, D. Onofre Borrayo y D. Apolonio Pérez; D. Juan Casal, administrador de la hacienda de S. Juan Tetitlan; los niños Arnulfo Matute de 12 años de edad, y Juan José del mismo apellido, de 15 años; el Sr. D. Ramon G. Fuentes, fotógrafo de la comisión, el autor de estas líneas, Márcos Romano, guía, y Magdaleno Ansaldo.

III.

Pocas noches he tenido en mi vida tan deliciosas como la que pasé al pié del volcán. Impresionado todavía con las fuertes emociones que había experimentado con la vista del cráter, no acertaba á darme cuenta con lo que por mí pasaba. La imaginación no podía ocuparse de otra cosa que de las diversas peripecias de la ascension. Se me figuraba que había sido transformado al tiempo de las hadas y de los encantamientos, y que gracias al golpe de una varilla mágica, veía realizarse los fantásticos cuentos de

las mil y una noches. Permanecí mucho tiempo sumergido en la más honda meditacion, y trabajo me costó salir de ella cuando llegó la hora de recojernos. El campamento estaba situado, como llevo dicho, en la cumbre de la *Majada de los indios*. Algunos compañeros improvisaron con palos secos y con frazadas, tiendas de campaña; otros teniamos por pabellon el estrellado cielo, y por lecho la dura tierra. Un silencio sepulcral reinaba en el campamento; los árboles deshojados estaban inmóviles, sin dar animacion al cuadro; ningun arroyo zuzurraba; ni siquiera un insecto hacia oír su discordante chirrido. Nuestro campamento tenia el aspecto de un vasto cementerio alumbrado por dos fogatas que chisporroteaban de una manera lúgubre. De improviso la luna en llena apareció sobre la montaña. Su disco luminoso despedia plateados rayos que atravesando la nube arrojada por el cráter, daban á ésta un brillo deslumbrador. Extasiado contemplaba los diversos matices que la luz de la luna hacia tomar á la nube: una trasparente gasa iluminada profusamente, no podia sobrepujarle en belleza; ni su blancura, ni su forma aerea, podrian competir con lo vaporoso, con lo níveo de la nube. Cuando la luna asomó completamente su risueña faz, le dió preciosos

tintes desde el rosa hasta el dorado subido. Eran los colores con los cuales el crepúsculo vespertino hermoseaba la nube; pero más delicados, más tiernos. El copo de algodón se tornaba á veces en un cúmulo de un bello dorado, á veces en un plumero color de gualda. El cielo, entre tanto, estaba puro, ostentando su hermoso azul tachonado de estrellas que cintilaban con viveza exparciendo suaves fulgores. De repente el silencio fué interrumpido con una detonacion sorda que se repitió por intervalos largos. A esa detonacion siguieron otras muchas acompañadas de derrumbes, en las montañas que estaban á nuestra izquierda. Las peñas enrojecidas por el fuego volcánico, rodaban haciendo un estrépito infernal. Parecia que Pluton, queriendo obsequiarnos con una fiesta, habia puesto en movimiento á Vulcano y á sus ciclopes, quienes se apresuraban á iluminar nuestro campo con las chispas de sus fraguas. Así pasó la noche: ¡noche encantadora que jamás se apartará de mi memoria!

Apenas la aurora habia teñido el horizonte de oro y carmin, cuando nos dispusimos á abandonar el campamento; sin embargo, mientras se levantaron las tiendas de campaña y nos desayunamos parcamente, trascurrió el tiempo más

que suficiente para que el astio rey avanzara en su marcha magestuosa, difundiendo un color agradable. Cuando estuvimos listos para partir, no lo pudimos hacer porque las cabalgaduras no volvian aún de Uzeta. Como los derrumbes continuaban con fuerza, quisimos observarlos de cerca, y nos dirigimos á la montaña en que se verificaban, que estaba inmediata á nosotros, hácia la izquierda. Nos acercamos hasta su base, á una distancia de dos metros, y allí encontramos el suelo resquebrajado y lleno de grietas, que seguian la direccion del N. O. S. E. La montaña tenia una inclinacion de 50 grados y en su cumbre habia dos sulfataras.

Un fenómeno sorprendente se realizaba en estos momentos: los trabajos plutónicos continuaban sin interrupcion, y cuatro veces por minuto, se oian fuertes detonaciones que imitaban el estallido lejano de un cañon, que eran seguidas de derrumbes cada medio minuto. Las peñas se precipitaban con una furia espantosa; enormes masas basálticas cayeron casi á nuestros piés, en donde se desmenuzaron en pequeños fragmentos. Era atronador el ruido que hacian al caer, y densa polvareda se elevaba en la montaña cada vez que se desprendian esas moles. Una lluvia de pedruzcos de diversos tama-

ños descendia del cerro, aumentando el polvo y el estruendo. Conmovidos profundamente asistiamos á esa obra grandiosa de la naturaleza. Durante largas horas contemplamos extasiados aquel magnífico espectáculo, y de buena gana hubiéramos permanecido allí más tiempo; pero nos era forzoso volver temprano á Uzeta, y nos resolvimos á marchar. Antes de separarnos de aquellos contornos, quisimos conservar un recuerdo que reviviera las gratas emociones que en ellos experimentamos. Con tal fin, quemamos nuestros lápices, sombreros y demás objetos que tuvimos á mano, en las piedras incandescentes, por la accion del fuego central, que acababan de caer. Cargados con estos trofeos, montamos á caballo y emprendimos nuestra marcha hácia Uzeta, adonde llegamos al medio dia.

En Uzeta permanecí los dias 22, 23 y 24, que aprovecharon los señores ingenieros en recorrer la falda del Ceboruco, en ascender á varias de sus eminencias, en hacer las medidas necesarias para fijar la situacion del cerro, su configuracion, y en examinar las diversas masas geológicas que lo componen; mientras tanto, unas veces me ocupaba en arreglar mis apuntes, otras los acompañaba en sus expediciones. El Sr. D. Ramon G. Fuentes hacia, por su parte, esfuerzos inauditos